

El recurrente relato de las guerras y las conquistas en la *Crónica mexicana*¹

Clementina Battcock

Dirección de Estudios Históricos

Instituto Nacional de Antropología e Historia

La *Crónica mexicana*² de Alvarado Tezozomoc reviste el carácter de un texto clásico que, invariablemente, es citado con profusión cuando se trata de hablar o de documentar las guerras y conquistas tenochcas, sobre todo porque la guerra parecería ser el *leitmotiv* de la historia tenochca. Y a pesar de todo el trasiego de que ha sido objeto durante muchísimos años, llama la atención que el único estudio que examina con rigor la cuestión bélica en la obra de Tezozomoc es el de José Rubén Romero Galván; por lo menos, este autor tuvo el mérito de detenerse a cavilar sobre el sentido y los fines que el texto adjudicaba a la guerra.³

Siguiendo esta misma línea, mi propuesta personal es que la *Crónica* parece hacer notables diferencias entre las nociones de “guerra” y de “conquista”, por mucho que Tezozomoc no las señale de manera específica. En consecuencia,

¹ Este trabajo es producto de una línea de investigación que desarrollé en la Dirección de Estudios Históricos-INAH. El título del proyecto mayor fue: “La historiografía novohispana de tradición indígena. El caso de Hernando Alvarado Tezozomoc y su *Crónica mexicana*”.

² Hernando Alvarado Tezozomoc, *Crónica mexicana*, 4a. ed., ed. facsimilar de la de 1864, anotada por Manuel Orozco y Berra, precedida del *Códice Ramírez*, México, Porrúa, 1987, 712 p. (Biblioteca Porrúa, 61).

³ José Rubén Romero Galván, *Los privilegios perdidos. Hernando Alvarado Tezozómoc, su tiempo, su nobleza y su Crónica mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 170 p. (Teoría e Historia de la Historiografía, 1), p. 124-141.

y aun cuando ambas aluden a hechos de armas, no deben confundirse ni tomarse de manera unívoca, porque no son lo mismo ni se orientan a un objetivo común.⁴

Estoy al corriente de que la cuestión bélica en el antiguo mundo amerindio es un problema de múltiples aristas; sé que, hasta el día de hoy, los especialistas aún siguen discutiendo el significado de este fenómeno entre las sociedades mesoamericanas y, muy en concreto, en el ámbito tenochca. Entre otras propuestas, está la que hace de la guerra prehispánica una institución social, una práctica establecida entre diferentes grupos, sujetos a la dirección de un sector militar. Pero, más allá de esto, la materia es ardua y desentrañarla no sólo implica poner de relieve el discurso ideológico de legitimación y justificación, sino antes de eso, poner sobre el tapete todos los elementos culturales relacionados con la guerra.

En mi opinión, en la *Crónica mexicana* la “guerra” alude al proceso expansivo, al crecimiento y prolongación del poder del centro tenochca en una forma más ideologizada. Si aguzamos la mirada sobre las referencias del autor a las cinco guerras fundamentales en la historia tenochca (Azcapotzalco, Xochimilco, Chalco, Tlatelolco y Michoacán), se pueden percibir sobre todo elementos simbólicos, casi rituales, que se detallan minuciosamente. En este sentido, las guerras confirman predominio o hegemonía y no parecen tener otros fines ulteriores.

⁴ Desde ahora aclaro que hay otro tipo de acción bélica que no puede enmarcarse en las categorías arriba señaladas y se trata de las denominadas “guerras floridas”, a las que el cronista se refiere en la parte final de su obra, en el capítulo XCIV. El carácter de éstas es muy complejo y ameritaría un estudio particular que no puedo emprender aquí; por tal motivo, las “guerras floridas” quedarán fuera del presente análisis.

Por el contrario, la expresión “conquista” se refiere a un enfrentamiento de carácter más “real” –material podría decirse—, que va detrás de la obtención de tributos o bienes, un propósito que parecería ser básicamente económico, aunque no por ello carezca de rasgos simbólicos. Como sea, a las conquistas suelen seguir ampliaciones u obras en la infraestructura ritual de México-Tenochtitlan. Así, ocurrió en el caso de la que alcanzó Motecuhzoma Ilhuicamina sobre Cuextlan y Tuxpan, según lo avalan los datos que aportan Matos y Umberger en las etapas constructivas IV-IVa sobre la ampliación y el estucado del Templo Mayor. Además, Motecuhzoma pidió a los pueblos recientemente sojuzgados que remitieran “piedras de colores y blancas” para el ornato de la figura de Huitzilopochtli. Concluidos estos trabajos, el *tlatoani* de Tenochtitlan se lanzó a otra empresa conquistadora sobre Oaxaca, que habría de redituarse en la obtención de ofrendas para su dios. Por otro lado, bajo el régimen de Tízoc, las conquistas hicieron posible la reedificación y el revestimiento del Templo Mayor (etapa VI), así como el inicio de una ampliación del Templo de Huitzilopochtli, que concluiría ya en tiempos de Ahuizotl.⁵

Las guerras

Volvemos al punto de partida: ¿cómo debemos entender la guerra en el mundo prehispánico? ¿Qué elementos nos permiten caracterizarla? Frente a los problemas que ofrece su heterogénea fisonomía, ¿se puede construir un modelo

⁵ Para información adicional sobre estos datos arqueológicos *vid.* Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *Monte Sagrado-Templo Mayor. El cerro y la pirámide en la tradición religiosa mesoamericana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2009, 628p., p. 210-220.

para comprenderla, explicarla, clasificarla y definirla? Esto por lo que toca a las conflagraciones armadas de las comunidades mesoamericanas en lo general, pero si descendiendo al nivel particular, quiero decir, a las guerras de las que trata Alvarado Tezozomoc, que son las que me competen: ¿es posible discernir si las que describe se ajustan a un patrón europeo o a uno prehispánico?

Doy un ejemplo de algunos de los problemas detectados al respecto. El capítulo XLIX describe la entrada de un victorioso Axayacatl a Tenochtitlan en estos términos: “Cihuacoatl Tlacaelel ordena recibimiento que se entoldase e hiciesen arcos grandes enramadas y el suelo los sembrasen de laureles el suelo desde Chapultepec a Tenochtitlan...”.⁶ Sin meterse ya en el análisis de lo que significarían los toldos y las enramadas (que a mí me parecen reminiscencias de los palios y los arcos para la recepción de virreyes y obispos novohispanos), consideremos sólo el asunto de los laureles. Para cualquiera que haya leído algo sobre la historia del mundo romano, saltará a la vista que el recuento es sospechosamente similar al de la entrada de César a Roma, luego de su triunfo sobre los galos de Vercingetorix.

Para los romanos, los laureles, como bien se sabe, eran la marca distintiva del triunfo de los generales y con ellos se fabricaba igualmente la corona que portaba el emperador. Ahora bien, sabiendo que esta planta es originaria del Mediterráneo oriental y de Asia menor, sitios desde donde se extendió a Europa, cuyos naturales la trajeron al Nuevo Mundo después de las conquistas sobre los amerindios, tenemos por indudable que no existía en Tenochtitlan en el momento

⁶ Hernando Alvarado Tezozomoc, *Crónica...*, *op. cit.*, cap. XLIX, p. 407.

en que Axayacatl volvió a ella de sus guerras; no se trata, pues, ni remotamente de un “hecho”.

Entonces, resulta legítima mi pregunta: ¿en dónde leyó o de dónde sacó Tezozomoc dicha referencia al uso simbólico-ceremonial del laurel? Al respecto podemos pensar en dos posibilidades. La primera es que debió tener disponibilidad o acceso a libros sobre la antigüedad clásica, o bien que alguna persona (europea) con formación literaria e histórica suficiente lo puso en conocimiento de dichas prácticas simbólicas. La segunda es que, en el texto original náhuatl hoy perdido, que Alvarado Tezozomoc utilizó como base y tradujo, no apareciera la palabra “laurel” sino el nombre de otra u otras plantas autóctonas. Como fuese, aquí cabría reflexionar sobre el papel de conector-traductor que el cronista asume para aproximar la “lectura indígena” a un lector coetáneo a él y de origen español.

De aquí también se desprende otra conclusión: que el cronista tenía un conocimiento paralelo de la cultura indígena y de la occidental, y que era capaz de expresarse, respectivamente, en ambos códigos y para dos públicos lectores. Lo que, de cualquier forma, no nos resuelve el problema de la comprensión de la guerra entre los tenochcas.

El caso se repite cuando Tezozomoc habla de la entrada triunfal de Tizoc, a la ciudad, sólo que ahora en referencia a las campañas europeas contra el Islam:

...llegaron los viejos y hecha la humillación al rey y a los capitanes, les hicieron un largo parlamento de mucha autoridad, que por su complejidad no la explico aquí [...] daban alaridos, Motenhuitqui,⁷ *que así hacían los moros de Granada, dando alaridos o silbos...*⁸

En este ejemplo hay un penetrante aroma de ceremonial cortesano propio del Medioevo y de la primera fase de la Europa moderna, con besamanos y discursos por parte de los derrotados, de los caballeros que se ofrecían por vasallos de algún señor e, incluso, de los reyes. Aunque también pudiera ser que entre los indígenas se acostumbrasen tales formas rituales para dar por terminada una campaña, incluidos, al final, los gritos que, según Tezozomoc, acostumbraban igualmente proferir los mahometanos. El intento del cronista de establecer paralelos entre la historia indígena y la europea, como se aprecia, no contribuye a aclarar en nada los puntos nebulosos de mi objeto particular de estudio.

Pero dejando un poco de lado las dificultades, mi exploración sobre la guerra de la que habla Tezozomoc, en lo general, pone de manifiesto que cumplió un papel crucial y multifacético entre las distintas facciones del grupo tenochca. Sirvió, por ejemplo, en funciones ceremoniales y legitimadoras, vinculadas a fines político-económicos y también como salida a tensiones de orden social y político en la Cuenca de México.

⁷ En el Vocabulario de fray Alonso de Molina encontramos el verbo: "Tenuitequi.nimo: dar alaridos". Posiblemente, el vocablo se refiere al movimiento de taparse o golpearse la boca. En consecuencia, mi propuesta es que la analogía que utiliza Alvarado Tezozomoc alude a ponerse las manos en la boca para gritar pero no al sonido mismo, o al acto de gritar en sí, que sería Motenhuit[e]qui. Este último verbo, efectivamente, significa " dar alaridos", "gritar" y podría traducirse con mayor precisión como: "él da alaridos, o él grita." El análisis de la palabra es de dos formas: motenhuitequi. mo/tenhuitequi, Mo= reflexivo, Tenhuitequi= nino. dar alaridos, gritar. Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana/mexicana, mexicana/castellana*, estudio preliminar de Miguel León Portilla, 4a. ed. México, Porrúa, 2001. 162 fol. (Biblioteca Porrúa de Historia, 44), fol. 100r. La otra, es más profunda: motenhuitequi. mo/ten/ huitequi = golpearse los labios. Golpearse la boca. Mo: marca de verbo reflexivo, (huitequi), tentli: sustantivo. Boca, labios. *Ibid.*, fol. 99v. Huitequi: verbo reflexivo. Nino. Golpear. *Ibid.*, fol. 66r. y 157v.

⁸ Hernando Alvarado Teozomoc, *Crónica...*, *op. cit.*, cap. LVII, p. 445. Las cursivas son mías.

Con fundamento en diversos estudios de carácter general sobre la guerra, y en el examen prolijo de la *Crónica mexicana* es posible concluir que la centralización política a cargo de un sector militar hegemónico y los cambios de organización en el territorio son aspectos estrechamente vinculados e interrelacionados. Es decir, las guerras descritas obedecen indistintamente a finalidades o imperativos generados en el seno mismo de la organización política, como a otros de naturaleza foránea. En otras palabras, las acciones militares de Tenochtitlan sobre otros centros se orientaron por fines “externos” (la obtención de tributo) y ello tuvo consecuencias internas en ambas comunidades por igual.

En otro orden de ideas, tanto las *guerras* como las *conquistas* encuentran fundamento y razón de ser en un proceso previo de vindicación. Se trató siempre de aducir justificaciones —ya fuesen lícitas o sinceras, ya se tratase de meras excusas o pretextos— para iniciar las conflagraciones. Lo ordinario es que se esgrimiese el argumento de alguna ofensa o agresión a cargo de los rivales y de ello hay sobradas muestras en el texto. Pero, en concreto, quiero traer a colación el caso de la guerra de Tenochtitlan contra Azcapotzalco, que no sólo incluye la consabida legitimación,⁹ sino que, por ser la que marca el inicio del despunte del poder tenochca en la Cuenca, ofrece otro elemento aún más significativo: la evidente traslación de un concepto político-teológico occidental: el de la *guerra justa*. Y vale la pena dar un rodeo para dedicarle unas líneas explicativas.

El legítimo derecho de un grupo a emprender una acción bélica contra otra comunidad es una noción que, en Occidente, tiene raíces ajenas. Ya pueden

⁹ *Ibid.*, cap. VIII y XIX.

rastrearse sus filamentos griegos en Platón y Aristóteles y los romanos en Cicerón, aunque su primera formulación cristiana se debe a Santo Tomás de Aquino. En el mundo hispánico su principal exponente es la teoría general que en 1532 desarrolla Francisco de Vitoria en sus *Reelecciones sobre los indios y el Derecho a la guerra*.¹⁰ Aunque la teoría es bastante más compleja, en aras de la brevedad, permítaseme una esquematización. Para Vitoria, la base de todo es el derecho natural que asiste y rige a la humanidad entera, aunque a él es complementario el *ius gentium* (literalmente “derecho de gentes”), que incluye los derechos básicos del hombre, pero también los acuerdos entre los distintos pueblos y es el aplicable a la guerra.

Según el *ius gentium* toda comunidad tenía derecho legítimo a organizarse políticamente y a poseer sus dominios en forma pacífica, sin que otros los violentaran (cosa que era extensiva a los indígenas americanos). Y la única razón válida para que un pueblo iniciara una guerra contra alguna colectividad distinta — sin atropellar el derecho natural y el derecho de gentes— era que ésta negase a la primera esos mismos derechos, impidiéndole, por ejemplo, el libre comercio, las relaciones pacíficas y la libre misión o prédica de la fe. Esto era lo que concedía los títulos jurídicos, o justos títulos, para una *guerra justa* y para la toma de los dominios de soberanos de pueblos gentiles, es decir, no cristianos. Invocada, aplicada, tergiversada, manipulada, o de la forma que se quiera, esta formulación fue el soporte teórico de la dominación española en las Indias.

¹⁰ Vid. Francisco de Vitoria, *Reelecciones sobre los indios y el Derecho a la guerra*, 3a. ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1975, 147 p. (Colección Austral, 618).

Traslademos ahora dicho concepto a la idea de Tezozomoc sobre la guerra de los tenochcas contra los tepanecas de Azcapotzalco, y empecemos por ver sus expresiones literales al respecto: "...en *justa guerra* quedaron vencidos [los tepanecas] y sujetos de ellos [los tenochcas]." Respecto de las tierras que los últimos arrebataron a los primeros, el cronista considera que fueron "...ganadas en *justa guerra* por su esfuerzo y valor".¹¹

Al menos a mí, no me queda la más mínima duda de que el uso del término "justa guerra" no es gratuito ni fortuito, sino que alude inequívocamente al concepto arriba desarrollado. ¿Qué implica esto? Pues, que —en la matriz cristiana en la que el cronista vertió parte de la historia antigua de su pueblo— Azcapotzalco vendría a impedir o a regatear derechos legítimos de los tenochcas y, ya que no se trataba ni podía tratarse de un problema tocante a la difusión de la "verdadera fe", los que nos quedan son el libre comercio y la relación pacífica. De ser así, con un argumento tomado del cuerpo político-doctrinario hispánico, Alvarado Tezozomoc da a entender que Azcapotzalco era el rival por antonomasia, puesto que sus acciones y su presencia misma coartaban, impedían o amenazaban la expansión de Tenochtitlan. Y esto era una forma de explicar a su propio grupo, en los nuevos términos de las relaciones entre sociedades y entre individuos que habían traído los dominadores, un punto histórico del pasado remoto, que atañía a sus ancestros y, desde luego, a sus descendientes, entre los que se incluía él mismo.

¹¹ Hernando Alvarado Tezozomoc, *Crónica...*, *op. cit.*, cap. VIII y XIX. Las cursivas son mías.

Es natural, pues, que luego de una “guerra justa”, que también es una guerra inaugural (casi un mito de origen), se haya iniciado la expansión conquistadora tenochca. Hay un antes, hay un después... y a partir de entonces, siguiendo el hilo conductor del relato, la guerra será la “solución fácil” a las complejidades del ejercicio político en la Cuenca de México para el posclásico tardío.

A mi parecer, las guerras que pueden considerarse así, en sentido estricto, son: Azcapotzalco (cap. V-XVI), Chalco (cap. XXI-XXVI) y Tlatelolco (cap. XLI-XLVII), que, de acuerdo con el relato de Tezozomoc, son las que acarrearán cambios trascendentes para la sociedad tenochca. Se trata de cortes, marcas, momentos fronterizos o indicadores de transformaciones en la narración que construye o “reconstruye” el cronista. Intercalada después de la de Azcapotzalco, la guerra contra Xochimilco, (cap. XVI) la juzgo como parte de la acción de consolidación en la Cuenca, específicamente en el área sur, tras la caída de Coyoacán.

Una mención aparte merece la entablada con Michoacán (cap. LI-LII), que, luego de una cadena ininterrumpida de triunfos, al parecer incontenibles, culmina con la derrota tenochca a manos de unos más numerosos purépechas. Nuevamente, apelando a la forma retórica del discurso directo, explica el cronista la reacción a este descalabro bélico:

Tornados a la consolación de los sacerdotes del templo, Cuauhhuehuetque, replicóles para concluir a Axayaca: "Grande es la alegría y agradecimiento que os hago y consolaos con

esto por aquí donde estamos”, *digo que no por eso han de cesar las guerras en todas las partes y lugares de este mundo.*¹²

Sabemos que, a la postre, las fronteras del centro tarasco jamás lograron ser vulneradas por los tenochcas, aunque no deja de llamar la atención que el rasgo distintivo que el cronista asignó a este último grupo sea el de los guerreros por antonomasia, es decir, aquellos que estaban convencidos de que las acciones de armas eran una situación perenne, natural y característica de la vida, es decir “la normalidad”.

Es palpable la prolijidad de Alvarado Tezozomoc cuando se trata de representar cada uno de los enfrentamientos y no escatima ni pasa por alto los detalles más nimios. En la guerra contra Azcapotzcalco se complace en referir los diálogos entre los personajes, en las formas de declarar la guerra, en los sitios donde se escenificaron los combates, etc. En el caso de la emprendida contra Chalco incluso se “recrean” los diálogos previos entre Quateotl y Tonteoziuhteuctli y Motecuhzoma Ilhuicamina, se pintan escrupulosamente las acciones bélicas, las pausas y los reinicios, las diversas ceremonias en honor a los caídos (*quitlepanquetza*).

Notas por demás interesantes son las que pretenden reactivar la memoria, evocar las antiguas gestas y los momentos de gloria. Así son las que figuran en la derrota ante los tarascos:

...si no, mira la muerte que con semejante guerra se les siguió aquí en Chapultepec a los mexicanos y en Acolco ¿no fue preso y muerto nuestro rey que fue Huitzilihuitl el viejo y con él mucho número de preciados mexicanos, nuestros abuelos, padres y hermanos nuestros salieron valerosos y victoriosos... Ahora son nuestros vasallos y tributarios. Y así

¹² *Ibid.*, cap. LIII, p. 426. Las cursivas son mías.

hemos de ir adelante, que la mucha porfía vence y les causa tantos recuentos., si no miradlo por los chalcas, que al cabo de trece años los sujetó el imperio mexicano.¹³

Casi iguales a las que –a propósito de la guerra con los chalcas– acompañan el discurso de Tlacaelel, quien le recuerda a Motecuhzoma los problemas y sinsabores que arrostraron sus ancestros al pretender instalarse en la Cuenca y la alocución específicamente se refiere a los hechos de Chapultepec que culminaron con una victoria.¹⁴ Por ello se diría que la guerra contra Chalco es parte de la línea de continuidad originada en Chapultepec.

Otro aspecto que salta a la vista es el particular encono que la *Crónica mexicana* muestra hacia Tlatelolco, porque no se conforma con pormenorizar los presagios tlatelocas sobre su futura derrota, la actuación de Moquihuix, la multitud de sangrientos incidentes bélicos y la caída final de este centro; también se regodea en el recuento de las tensiones entre los tlatelolcas y los tenochcas –en mucho derivadas del incumplimiento de los primeros en el pago del tributo–, tensiones que culminaron en la prohibición impuesta a los vencidos para entrar a Tenochtitlan. Semejante derroche de precisión y tanta animadversión hacia el enemigo tlatelolca da que pensar sobre las intenciones del autor de la obra y sobre su modalidad narrativa. Sin embargo, debemos relacionar directamente este sentir con lo expresado en la *Crónica mexicayotl* al señalar que: “Fue Tenochtitlan la que guardó esta relación de cuando reinaran todos los grandes, los amados

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.* cap. XXII.

ancianos, los señores y reyes de los tenochcas. Tlatelolco nunca nos lo quitará, porque no es en verdad legado suyo”.¹⁵

Por lo que toca a los personajes, es incontestable que dos grandes protagonistas de las acciones bélicas son Tlacaelel¹⁶ y Axayacatl. Son ellos los héroes guerreros que personifican el ideal tenochca. Viene, pues, al caso también preguntarse si la elección y el ensalzamiento de estas figuras son circunstanciales. Por lo pronto, no está de más recordar que el padre de Alvarado Tezozomoc fue Diego Alvarado Huanitzin, segundo nieto de Axayacatl, y que, de acuerdo con una especialista, el autor de la hasta hoy perdida *Crónica X* –en la que presumiblemente se basó Tezozomoc para escribir su obra– debió ser descendiente del linaje de Tlacaelel, dada la importancia que le concede en el relato.¹⁷ Convengo y comparto esta opinión, por las evidencias de las que dispongo y, además, afirmo que podemos estar ante la versión de la historia tenochca de un grupo en particular.

¹⁵ Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, 3a. ed., trad. de Adrián León, Universidad nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1998, XXVII-188 p. (Primera Serie Prehispánica, 3), p. 5.

¹⁶ Perspicaz la observación de José Luis de Rojas en el sentido de que en la crónica se denomina a Tlacaelel como *tlacohcacatl* (cap. XV), en pasajes posteriores *cihuacoatl* (cap. XIX) y en algunas ocasiones *tlailotalcac* (cap. LIII). José Luis de Rojas, “Una Historia: dos versiones. Durán, Tezozomoc, y el pasado mexica.”, *Itinerarios. Revista de Estudios Lingüísticos, Literarios Históricos y Antropológicos*, Uniwersytetu Warszawskiego, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, Varsovia, n. 5, 2007, p. 146.

¹⁷ Sylvie Peperstraete, *La “Chronique X”: Reconstitution et analyse d’une source perdue fondamentale sur la civilisation Aztèque, d’après l’Historia de las Indias de Nueva España de D. Durán (1581) et la Crónica mexicana de F. A. Tezozomoc (ca. 1598)*, Oxford, Archeopress, 2007, 602 p. (BAR International Series, 1630), p. 323. Sin embargo, esta investigadora sigue la línea propuesta décadas atrás por parte de Nicholson y Colston. Henry B. Nicholson, “Review: Fray Diego Durán, *The Aztecs: The History of the Indies of New Spain*” *American Anthropologist*, American Anthropological Association, Arlington, Virginia, v. 66, n. 6, december, 1964, p.1408-1411; Stephen A. Colston, “Tlacaelel’s Descendants and the Authorship of the ‘Historia Mexicana’” *Indiana*, Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz, Berlin, v. 2, 1974, p. 69-72.

Las conquistas

Las conquistas parecen presentar un patrón común: invariablemente, luego de la asunción de un nuevo *tlatoani*, y a manera de legitimación de su poder, se iniciaba una empresa conquistadora que, naturalmente, expandiría también la base material de su poder. Lo común es que antes de empezarla mediara una “provocación” o una “injuria” por parte del potencial enemigo, usualmente que hubiese dado muerte a algunos mercaderes: “A la postre vinieron los tratantes, mercaderes, *arrieros* de las jurisdicciones de la corona e imperio mexicano, que son los primeros que son causa de las guerras...”.¹⁸ Al agravio seguía inmediatamente una solicitud de auxilio por los afectados; se organizaba el ejército, en cuya composición intervenían otros centros; sobrevenía el ataque que terminaba en victoria contundente; se hacían cautivos de guerra y se imponía tributo a los vencidos. A diferencia de las guerras, las conquistas no ameritan del cronista el esfuerzo de bajar a los pormenores, al detalle preciosista; no, el relato se desgrana casi mecánicamente para cubrir, por riguroso orden, los temas arriba enunciados. A lo sumo el texto indica qué otros grupos participaron en la empresa conquistadora en cuestión (tlatelolcas, etc.).

Aunque no en todos los casos hay evidencia arqueológica para corroborar empíricamente las afirmaciones de la *Crónica*, los relatos de las diversas conquistas suelen sucederse por descripciones de la ampliación del templo a Huitzilopochtli. Así ocurre con el capítulo LIV que trata sobre la determinación de

¹⁸ Hernando Alvarado Tezozomoc, *Crónica...*, *op. cit.*, cap. LXI, p. 461. Nótese el empleo del término “arriero”. Las cursivas son mías.

Axayacatl de emprender una conquista sobre Tliluhquitepec,¹⁹ a cuyo término se hicieron obras en el referido templo. Tal enlace permite apreciar que –como se ha insistido aquí- la empresa bélica de finalidad tributaria (al fin económica) tiene un correlato arquitectónico y simbólico en la ampliación del principal edificio de culto tenochca.²⁰ Por ejemplo en la asunción de Ahuitzotl se le previene sobre lo que era indispensable hacer:

Y le habéis de guardar, defender y acrecentar a mayor estado y señorío, que es Coatepetltetzahuitl Huitzilopochtli, le habéis de barrer su casa, templo, y guardar sus mandamientos, de los que suelen hacerse de grandes sacrificios, que a esto fue enviado, para que aguarde a los extranjeros y dé de comer, beber y vestir a todos los que fueren en su obediencia y vasallaje, que es esta comida para los cuatro dioses que están aguardando y frontero el uno del otro de oriente a poniente y de norte a sur, de que habéis de usar de vuestras guerras para este comer de los dioses...²¹

Consideraciones finales

Trabajar con la *Crónica mexicana* de Alvarado Tezozomoc, y específicamente con sus pasajes relativos a la guerra me ha permitido reflexionar y, no infrecuentemente, también poner en tela de juicio distintos argumentos y aseveraciones de otros especialistas que se han ocupado del tema.

Debo reiterar mi certeza de que se ha abusado de esta obra como fuente referencial para las guerras tenochcas; desde luego, no sólo por la abundancia de la citación y por el tratamiento que se da a la información como simple dato, sino sobre todo porque no parece haber mayor cuestionamiento sobre las razones por las que el cronista las presenta de tal o cual manera, por el contexto en el que

¹⁹ *Ibid.*, cap. LIV, p. 429-432.

²⁰ Al respecto, *vid.* Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *Monte...*, *op. cit.*

²¹ Hernando Alvarado Tezozomoc, *Crónica...*, *op. cit.*, cap. LXI, p. 459.

figuran, por el sentido que les confiere en el cuerpo de su narración y por lo que podrían representar en el ámbito temporal del propio Alvarado Tezozomoc.

Lo que quiero decir es que se ha dado por sentado que las guerras y conquistas fueron acontecimientos “reales”, asunción que yo no comparto, o al menos no íntegramente, porque estoy segura de que entrañan un sentido mucho más amplio que el de un mero hecho puntual, cuya validez no podemos acreditar en más de un caso. Así lo corroboran diversos estudios sobre algunas guerras “desarrolladas” en ubicaciones o sitios que, sencillamente, no se pueden localizar. También creo que estoy en el deber de señalar que mi estudio sobre las guerras y las conquistas en la crónica de Alvarado Tezozomoc tiene todavía por delante un largo trecho que recorrer. En este trabajo, que no es sino un breve derivado de las líneas de investigación que estoy desarrollando al presente, he esbozado apenas algunos de los problemas hermenéuticos a los que hay que hacer frente, y entre ellos uno no menor es el de deslindar la perspectiva “occidental” de la perspectiva “indígena” del cronista sobre los conflictos bélicos.